

# El Futuro Planeado

# *A Tu Lado*



## **Nota:**

Este libro nace de una certeza sencilla y profunda: cuando dos personas se eligen, también eligen imaginar el mañana juntas. Aquí no hay promesas grandilocuentes, sino planes pequeños, cotidianos y honestos. Es una historia escrita desde el presente, mirando al futuro con calma, con amor y con la convicción de que construir a tu lado vale la pena.

**El Futuro Planeado A Tu Lado**

**El Futuro Planeado** El presente siempre llega sin avisar.

**A Tu Lado** Llega cuando ella sonríe sin saber por qué, cuando caminan sin rumbo, cuando el mundo parece reducirse a la distancia exacta entre sus manos. Él aprende a quedarse ahí, a no adelantarse, a no pensar demasiado. Porque pensar demasiado a veces duele.

No quiere que ella se entere. No todavía. No sabe cómo decirlo ni en qué momento poner las palabras sobre la mesa sin que se rompan. Así que guarda silencio. Un silencio cuidadoso, casi tierno. Uno que no es mentira, sino miedo de perder lo que ahora es perfecto.

Son adolescentes, y el amor les cae encima como algo nuevo, torpe y hermoso. Se quieren sin grandes planes, sin promesas a largo plazo. Se quieren en el ahora: en las risas que aparecen de la nada, en los mensajes que se mandan sin motivo, en la forma en que ella logra que todo se sienta un poco menos pesado.

Él carga con algo que no se ve. Algo que vive dentro de su cuerpo y le recuerda, de vez en cuando, que el tiempo no siempre es justo. Nunca sabe cuándo puede fallarle el día,

cuándo el dolor va a aparecer sin permiso. Pero cuando está con ella, todo se apaga. No desaparece del todo, pero se vuelve pequeño, soportable. Como si ella tuviera la extraña habilidad de curarlo sin tocarlo.

Hay un gato que siempre aparece en medio de la escena. Kito. Nadie sabe exactamente cuándo llegó, pero se volvió parte de todo. Kito se sube a las piernas, se enrosca cerca, observa en silencio. Él dice, medio en broma, que Kito es el protagonista de su historia, porque siempre está cuando algo importante pasa. Tal vez sea verdad.

Por las noches, cuando el cuerpo descansa y la mente se libera, él sueña. Y en esos sueños, las citas son distintas. No porque la realidad sea menos valiosa, sino porque ahí todo puede ser posible.

Sueña que caminan por la playa mientras la luna se refleja en el mar, que comen lo que a ella le gusta sentados en la arena fría, que hablan de nada y de todo. Sueña que viajan juntos a otra ciudad, que se pierden a propósito, que se ríen cuando el plan no sale como esperaban.

Sueña con días de campo, con familias compartiendo la mesa, con sentirse aceptado, con caerle bien a los suegros, con no tener que explicar demasiado quién es, solo demostrarlo estando.

Despierta siempre con la misma emoción que antes de verla. Porque aunque los sueños son hermosos, la realidad la tiene a ella. Y eso siempre gana.

No todas las citas son como las imagina. A veces llueve. A veces el tiempo es corto. A veces el cansancio se mete en medio. Pero incluso así, cada momento es real. Y lo real, con ella, siempre supera cualquier fantasía.

Ella no sabe que él guarda un secreto. No sabe que hay noches en las que él piensa en cómo decirle, en qué palabras usar para no asustarla. Él quisiera protegerla de todo, incluso de su verdad. No porque no confíe en ella, sino porque le importa demasiado.

Ella llegó como una curita al corazón. Sin darse cuenta. Sin prometer nada. Llegó y se quedó. Y con ella, él empezó a hacer cosas que juró nunca hacer: confiar, bajar la guardia, ilusionarse, quedarse un poco más.

Este libro no habla de finales. Habla de minutos. De miradas. De silencios compartidos. De entender que cada instante merece ser vivido como si fuera único.

Porque para él, cada minuto con ella lo es.

El tiempo con ella no se mide en horas, sino en sensaciones. En la forma en que el pecho se le calma cuando ella se acerca, en cómo el aire parece más liviano cuando se ríe. Hay días en los que él despierta cansado, con el cuerpo reclamándole cosas que no sabe explicar. Días en los que caminar cuesta un poco más. Pero incluso en esos días, verla es suficiente para sostenerse.

Ella no hace nada extraordinario. No lo cuida como si fuera frágil, no lo mira con lástima, no pregunta de más. Solo está. Y ese estar es lo que lo salva.

A veces se sientan juntos sin hablar. Kito se acomoda entre ellos como si entendiera que ese silencio también es parte del amor. Él piensa que nunca imaginó querer así, con tanta calma. Juró que nunca dependería de nadie para sentirse bien, que nunca bajaría la guardia. Y sin embargo, ahí está,

dejando que ella lo conozca incluso en los días en que él no se reconoce.

Por las noches, los sueños vuelven.

En uno de ellos, caminan por una ciudad que no conocen. Las calles son estrechas y las luces suaves. Ella entra a una tienda pequeña y señala algo que le gusta. Él sonríe, pensando que le encantaría poder regalarle todo lo que ella mira con esos ojos. Se sientan en una banca, comparten comida, se ríen cuando Kito aparece como si también estuviera soñando con ellos.

En otro sueño, están bajo la luna, comiendo lo que a ella le gusta, hablando de recuerdos que todavía no existen. Él no siente dolor ahí. No hay cansancio. Solo la emoción constante de estar a su lado.

Despierta con el corazón acelerado, no por tristeza, sino por gratitud. Porque aunque esas escenas vivan en sus sueños, ella existe de verdad. Y eso basta.

A veces le dan ganas de contarle todo. De decirle que hay días en los que el cuerpo no coopera, que hay noches en

las que el miedo se sienta a su lado. Pero cuando la mira, cuando la ve feliz, decide esperar. No porque no confíe, sino porque ama demasiado este presente como para romperlo sin saber cómo.

Ella lo invita a cosas que él antes evitaba. Salir más tiempo, conocer a su familia, compartir una mesa llena de risas. Él acepta, incluso cuando el cansancio aparece. Quiere caer bien, quiere sentirse parte, quiere quedarse. Descubre que le gusta escuchar historias ajenas, que le gusta sentirse incluido, que le gusta pertenecer.

Hay un día de campo que no sale como lo imaginó. El sol es fuerte, el cuerpo le pasa factura, el dolor aparece sin avisar. Ella se da cuenta. No pregunta. Solo se queda a su lado, le ofrece su mano, le habla de cosas simples. Y el dolor baja. No se va del todo, pero se vuelve manejable. Como siempre que ella está.

Él entiende entonces que el amor no siempre es perfecto ni bonito como en los sueños. A veces es cansancio compartido. A veces es quedarse cuando sería más fácil irse.

Las citas reales no siempre tienen luna ni playa. A veces son una caminata corta, un helado derritiéndose, una conversación interrumpida por el ruido de la calle. Pero cada una se queda grabada. Porque cada una es verdadera.

Kito sigue apareciendo. En fotos, en recuerdos, en momentos inesperados. Él insiste en llamarlo el protagonista, porque siempre parece estar cuando algo importante ocurre. Tal vez porque Kito no juzga, solo acompaña.

Con ella, él aprende a vivir sin adelantarse tanto al mañana. Aprende que no necesita saber cuánto tiempo tiene, sino cómo lo vive. Aprende que cada minuto compartido es especial no porque pueda ser el último, sino porque es real.

Este amor no necesita grandes declaraciones. Vive en los gestos pequeños, en las miradas largas, en la emoción que él siente cada vez que sabe que va a verla. Incluso cuando el plan no es como lo soñó, la realidad siempre gana.

Porque ella está ahí. Y mientras esté ahí, el presente es suficiente.

Hay días en los que él se queda mirándola más de lo normal. No porque sospeche algo, sino porque quiere memorizarla. La forma en que se acomoda el cabello, la manera en que frunce el ceño cuando se concentra, la risa que aparece cuando algo la sorprende. Él piensa que si algún día el cuerpo le falla más de la cuenta, esos recuerdos tendrán que sostenerlo.

No es tristeza lo que siente. Es cuidado.

Ella habla del día, de cosas pequeñas, de anécdotas simples. Y él escucha como si cada palabra fuera importante. Porque lo es. Porque escucharla es otra forma de quedarse. Él nunca fue de prestar demasiada atención a nadie, nunca fue de involucrarse tanto. Con ella es distinto. Con ella, todo importa.

Por las noches, cuando el cansancio se vuelve más pesado, los sueños cambian de textura.

En uno, están sentados frente al mar, pero no hablan. Solo escuchan las olas. Él siente su hombro apoyado en el suyo y piensa que no necesita nada más. En otro, caminan por

un parque lleno de árboles, Kito corre adelante como si los guiara. Ella se ríe, él la sigue, sin dolor, sin miedo.

Hay sueños donde visitan a su familia. Él está nervioso, se arregla más de lo normal, cuida cada palabra. Quiere caer bien, quiere que lo vean como alguien que suma, no como alguien que estorba. En esos sueños, todo sale bien. Hay risas, comida compartida, miradas que aprueban. Él se siente parte de algo.

Cuando despierta, la emoción sigue ahí. No se decepciona. Sabe que los sueños no son promesas, sino deseos. Y los deseos también sostienen.

En la realidad, a veces las visitas son más cortas. A veces el cuerpo pide irse antes. Él se disculpa, se siente culpable. Ella nunca lo hace sentir así. Siempre encuentra una forma de hacerle saber que quedarse un rato también cuenta.

Él empieza a entender que amar no es darlo todo de golpe, sino dar lo que se puede, con honestidad. Y ella recibe eso como si fuera suficiente.

Hay momentos en los que el dolor aparece sin aviso. No siempre fuerte, pero insistente. Él aprieta los dientes, intenta disimular. Ella lo nota. Siempre lo nota. Se acerca, le habla, le distrae la mente. Y algo se calma. Siempre algo se calma.

Él piensa que ella no tiene idea del poder que tiene. Que si lo supiera, se asustaría. Por eso sigue guardando el secreto. Porque no quiere que ella se quede por obligación, sino por elección.

Con ella, él se permite cosas que antes rechazaba. Tomarse fotos. Hablar de sentimientos. Decir que extraña. Admitir que necesita. Juró que nunca haría eso. Juró que nunca se volvería tan vulnerable. Y sin embargo, aquí está.

Kito aparece una tarde, se sube al pecho de él y se queda ahí, ronroneando. Ella se ríe y dice que parece que lo está cuidando. Él no dice nada, pero piensa que tal vez todos están cuidándolo sin darse cuenta.

El presente sigue pasando. No perfecto, no fácil, pero verdadero.

Y él aprende, poco a poco, que amar así no le quita tiempo a la vida.

Se lo da.

Hay tardes en las que el cielo se pone extraño, como si estuviera a punto de llover sin decidirse. En esas tardes, él camina a su lado despacio, midiendo el paso para no cansarse de más. Ella se adapta sin decirlo. No pregunta por qué bajaron el ritmo. Solo camina con él.

Él piensa que amar también es eso: aprender el paso del otro.

A veces, mientras ella habla, él se pierde un segundo. No porque no le importe, sino porque el cuerpo le recuerda que sigue ahí, reclamando atención. Él vuelve rápido. Siempre vuelve. Porque no quiere perderse nada de lo que ella dice, ni siquiera lo que parece insignificante.

Por la noche, los sueños se vuelven más largos.

En uno de ellos, viajan juntos en un bus viejo. Las ventanas están abiertas, entra aire frío y ella apoya la cabeza en su hombro. Él piensa que ese simple gesto vale más que

cualquier plan. En otro, están en una ciudad desconocida, caminando sin mapa, comiendo algo que ella eligió solo porque le dio curiosidad.

Sueña con hoteles pequeños, con habitaciones compartidas, con despertar sabiendo que ella sigue ahí. Sueña con mañanas tranquilas, con Kito durmiendo en medio, como si cuidara que nada malo ocurra.

Despierta con una sonrisa cansada. No porque esté triste, sino porque esos sueños lo llenan tanto que el cuerpo tarda en alcanzarlos.

En la realidad, hay días en los que él no puede quedarse tanto como quisiera. Se va antes, se despide con culpa. Ella siempre lo abraza igual. Como si no importara cuánto dura el momento, sino que exista.

Él empieza a entender que el amor no se mide en cantidad, sino en presencia.

Hay una tarde en la que él casi habla. Casi le cuenta todo. Tiene las palabras en la garganta, listas para salir. Pero ella

se ríe por algo mínimo, y él decide guardarlas un poco más. No quiere que esa risa cambie.

No es que no confíe. Es que todavía no sabe cómo decirle que hay batallas que se libran en silencio.

Kito se sube a la mesa esa noche, interrumpe el momento, tira algo al suelo. Ella se ríe. Él también. Y el mundo vuelve a sentirse ligero.

Él se sorprende de sí mismo. Nunca fue de quedarse tanto tiempo en un mismo lugar, nunca fue de construir algo así. Juró que nunca se permitiría depender emocionalmente de nadie. Pero con ella, depender no se siente como debilidad.

Se siente como hogar.

El presente sigue avanzando, sin promesas, sin finales claros.

Y eso, por primera vez, no le da miedo.

El silencio entre ellos no pesa. No es incómodo ni frío. Es un silencio lleno de confianza, de miradas que no necesitan traducción. Él aprende a reconocer esos momentos como

pequeños regalos: instantes donde no hace falta explicar nada.

Hay días en los que ella llega con energía de sobra, hablando rápido, contando mil cosas a la vez. Él sonríe y la escucha, aunque el cuerpo esté lento. Le gusta verla así, viva, presente, sin sospechar que cada una de esas escenas él las guarda como si fueran tesoros.

A veces se pregunta si ella se quedaría igual si supiera todo. La pregunta aparece sin permiso y se va igual de rápido. No quiere responderla todavía. Prefiere seguir viviendo.

Por las noches, cuando el sueño lo alcanza sin avisar, vuelve ese otro mundo.

En ese lugar, el dolor no existe. No porque haya desaparecido, sino porque no tiene espacio. Ahí, ella siempre está cerca. Caminan por calles iluminadas por faroles antiguos, comparten comida caliente en silencio, se abrigan del frío con risas. Él piensa que si pudiera elegir un lugar para quedarse, sería ese.

Pero despierta.

Y al despertar, ella sigue ahí. Tal vez no haya faroles ni ciudades nuevas, pero está su voz, su presencia, su forma de mirarlo como si nada estuviera mal.

Eso también es un milagro.

Hay tardes en las que se quedan en casa, sin planes. Kito duerme en el sillón, ajeno a todo. Ellos miran el techo, hablan de cualquier cosa, se ríen por tonterías. Él siente que nunca imaginó querer una vida tan simple.

Juró que nunca bajaría el ritmo por nadie. Y ahora agradece hacerlo.

El futuro no se presenta como una meta lejana. Es solo una idea suave que no asusta. Porque mientras ella esté en el presente, lo demás puede esperar.

Él no sabe cuándo será el momento de hablar. Solo sabe que cuando llegue, tendrá que ser desde el amor.

Hasta entonces, sigue eligiéndola cada día.

Hay mañanas en las que él despierta con el cuerpo tenso, como si hubiera pasado la noche peleando contra algo invisible. Se queda quieto unos segundos, respirando lento, esperando a que todo se acomode. A veces funciona. A veces no tanto. Pero cuando piensa en verla, algo dentro se ordena.

Ella no sabe que él cuenta los días de una forma distinta. No los marca en un calendario ni los tacha con ansiedad. Los cuenta en recuerdos: una risa nueva, una caminata más larga, una tarde que se quedó grabada sin razón aparente.

Hay días en los que ella lo toma de la mano sin pensar. Ese gesto simple tiene un efecto inmediato. Él siente que el mundo se vuelve más estable, como si nada pudiera caerse mientras estén así.

En los sueños, las manos nunca se sueltan.

Sueña que viajan en tren, sentados uno frente al otro, mirándose en silencio. Afuera, el paisaje cambia rápido, pero entre ellos todo permanece. Sueña que ella se queda dormida sobre su pecho y que él no se mueve para no

despertarla. No hay dolor. No hay cansancio. Solo una paz que no encuentra palabras.

Cuando despierta, no se siente decepcionado. Aprende a agradecer incluso eso: la posibilidad de soñar.

En la vida despierta, las cosas son distintas, pero no menos valiosas. Hay pausas forzadas, hay momentos en los que él necesita sentarse, hay silencios más largos. Ella se adapta sin hacerlo notar. Él piensa que amar también es esa forma discreta de cuidar.

Kito aparece en los momentos más inesperados. Se cruza entre sus pies, se acomoda en el regazo de ella, se estira cerca de él como si supiera exactamente cuándo quedarse. Él sonríe al pensar que, de alguna manera, ese gato también entiende.

Hay una tarde en la que él se siente particularmente frágil. No lo dice. No quiere ser una carga. Ella lo mira, lo abraza un poco más fuerte de lo normal y le dice que no tienen que hacer nada, que estar así también cuenta. Él siente un nudo en la garganta.

Nunca nadie había entendido eso tan bien.

A veces él se pregunta si el amor siempre fue esto y él simplemente no lo sabía. Si siempre fue quieto, paciente, real. Si siempre fue elegir quedarse incluso cuando el cuerpo pide otra cosa.

El futuro no aparece como una promesa escrita en piedra. Aparece como una sensación. Como la idea de que, mientras exista este presente compartido, todo lo demás puede esperar.

Él no sabe cuánto tiempo tiene.

Pero sabe con certeza una cosa:

cada minuto con ella vale por todos los demás.

Hay noches en las que él tarda más en dormirse. Se queda mirando el techo, escuchando su propia respiración, esperando que el cuerpo se rinda. En esas noches piensa en todo lo que no dice. No porque mienta, sino porque todavía no encuentra la forma correcta de hablar sin romper lo que ama.

Ella aparece en esos pensamientos como un punto fijo. No como una preocupación, sino como un lugar seguro. Pensar en ella no lo acelera; lo calma.

Cuando el sueño finalmente llega, no siempre es inmediato ni suave. A veces entra de golpe, como si lo arrancara del mundo despierto.

Y entonces, vuelve a verla.

En uno de esos sueños, están sentados en una cocina pequeña. Es de noche. Hay una sola luz encendida. Ella cocina algo sencillo que le gusta y él la observa como si ese momento fuera suficiente para toda una vida. No hablan mucho. No hace falta. Kito duerme cerca, hecho un ovillo.

En otro, caminan por una feria iluminada. Hay música baja, luces de colores, risas ajenas. Ella toma algo para beber, él prueba un poco y se ríe porque no le gusta tanto como a ella. Ese desacuerdo mínimo lo hace feliz.

Despierta con la sensación de haber vivido algo real.

Durante el día, hay momentos en los que la memoria se le cruza. Está con ella y, por un segundo, no sabe si algo ya pasó o si solo lo soñó. No se lo dice. Guarda esa confusión como algo íntimo.

Ella lo invita a quedarse un rato más. Él duda, evalúa el cuerpo, y acepta. Aprendió que a veces vale la pena cansarse un poco si eso significa compartir un poco más.

Hay un día en el que llueve sin parar. Los planes se cancelan. Se quedan adentro. Ella se acerca, apoyan las frentes, se ríen del clima. Él piensa que nunca imaginó que algo tan simple pudiera sentirse tan completo.

Juró que nunca sería así de emocional. Juró que nunca encontraría paz en otra persona. Y sin embargo, ahí está, entendiendo que algunas promesas se rompen para bien.

Kito cruza la habitación como si nada, se sacude el agua del pelaje y se instala entre ellos. Ella dice que parece que siempre sabe dónde ponerse. Él piensa que tal vez todos buscan calor.

El presente sigue ofreciéndoles momentos pequeños, imperfectos, suficientes.

Y él sigue eligiéndolos.

Hay días en los que él se siente sorprendentemente bien. Camina un poco más rápido, se queda un poco más de tiempo, se permite reír sin medir el esfuerzo. En esos días, casi se convence de que todo va a estar bien. No porque ignore la realidad, sino porque la vida, a veces, también da treguas.

Ella nota esos días. Lo celebra sin exagerar, como si entendiera que no hace falta llamar la atención sobre lo frágil. Le propone cosas simples: una caminata corta, sentarse a ver pasar gente, compartir algo dulce. Él acepta todo con una emoción que no sabe esconder.

En los sueños, esos días se vuelven eternos.

Sueña que pasan horas juntos sin cansancio, que el tiempo se estira solo para ellos. Sueña que se acuestan en el pasto mirando el cielo, contando nubes, imaginando formas

absurda. Ella se ríe de sus ocurrencias y él piensa que nunca había querido tanto hacer reír a alguien.

Cuando despierta, el cuerpo vuelve a su ritmo habitual. No se enoja. Aprendió que despertar también es parte del trato.

Hay una noche en la que él se queda mirando sus mensajes antiguos. No por nostalgia triste, sino por gratitud. Cada palabra, cada conversación, es una prueba de que algo real está pasando. De que no todo es sueño.

Ella le manda un mensaje sin saber en qué anda. Algo simple. Algo que dice “estoy pensando en vos”. Él siente cómo el pecho se le afloja.

A veces se pregunta si ella sospecha algo. Si en alguna mirada, en algún silencio, ya entendió que hay más de lo que él dice. No se anima a preguntarle. Todavía no.

Kito se acerca, se sube a la cama, se acomoda cerca de su espalda. Él piensa que ese gato tiene un talento especial para aparecer cuando más falta hace.

El presente no es perfecto. Hay días torcidos, hay dolores que regresan, hay miedos que se esconden detrás de la calma. Pero también hay amor.

Y eso, para él, ya es muchísimo.

Hay momentos en los que él la observa sin que ella se dé cuenta. No es por desconfianza, es por admiración. La mira como quien intenta entender cómo algo tan simple puede ser tan importante. Se pregunta en qué punto exacto ella se volvió indispensable, y no encuentra una respuesta clara.

Ella tiene la costumbre de hablar con las manos, de enfatizar historias pequeñas como si fueran grandes aventuras. Él sonríe, pensando que nunca fue bueno imaginando el futuro, pero que con ella incluso lo cotidiano se siente como algo que vale la pena recordar.

En los sueños, esas historias se transforman.

Ahora sueña que están sentados frente a una fogata. No hay ruido alrededor, solo el fuego y ellos. Ella apoya la cabeza en su hombro y él siente un calor que no viene de las llamas. Hablan de cosas simples: canciones, comidas

favoritas, recuerdos de infancia. Nada trascendental, nada urgente. Solo estar.

Despierta con esa sensación de calma pegada al pecho, como si el sueño hubiera dejado una huella real.

Durante el día, el cuerpo vuelve a recordarle sus límites. Hay un dolor leve que aparece sin aviso, un cansancio que no se va con descanso. Él lo acepta con una madurez que no sabía que tenía. Tal vez crecer también sea esto: aprender a convivir con lo que no se puede cambiar.

Ella le propone sentarse un rato. Él asiente. Se quedan juntos mirando pasar el tiempo. Nadie habla. No hace falta.

Kito se acerca, se instala entre los dos, cerrando los ojos como si cuidara el equilibrio exacto de ese momento. Él piensa que el gato siempre sabe cuándo quedarse quieto.

Hay una tarde en la que ella le pregunta si está bien. Él responde que sí, porque en ese instante lo está. Y no es mentira.

A veces él se pregunta si el amor también puede ser eso: decir la verdad del momento sin tener que contar toda la historia.

El presente sigue avanzando, sin prisa pero sin pausa.

Y él sigue ahí, sosteniéndolo.

Hay mañanas en las que el sol entra suave por la ventana y él se queda unos segundos más con los ojos cerrados, intentando adivinar si el día será amable con su cuerpo. No siempre lo es, pero aprende a no anticipar el golpe. Esperar también es una forma de cuidarse.

Ella aparece más tarde, con esa forma tranquila de llegar que nunca interrumpe nada. Se sienta a su lado, le cuenta algo pequeño, como si supiera que las cosas grandes pueden esperar. Él agradece esa delicadeza más de lo que podría decir en voz alta.

En los sueños, los días empiezan distinto.

Sueña que despiertan juntos en un lugar que no conocen. La luz es clara, el aire huele a algo nuevo. Ella abre los ojos y sonríe, como si no existiera otra preocupación más

que elegir qué hacer primero. Él siente una ligereza que le resulta casi extraña, pero no la cuestiona. En los sueños no hace falta.

Cuando vuelve a la vigilia, el contraste no duele tanto como antes. Tal vez porque ya entendió que no se trata de comparar, sino de agradecer ambos espacios.

Hay tardes en las que él se queda sin energía de repente. El cuerpo decide por él. Ella no se incomoda. Se acomoda a su lado, baja la voz, le propone quedarse quietos. Él acepta, sin culpa.

Nunca pensó que permitir que alguien lo vea cansado pudiera ser una forma de amor.

Kito se acerca despacio, se estira, se acomoda justo donde puede tocar a ambos. Él sonríe al pensar que hay criaturas que entienden sin explicaciones.

Ella habla de cosas que le gustan, de lugares que le llaman la atención, de pequeños deseos que no tienen fecha. Él escucha con atención, guardando cada palabra como si fuera parte de un mapa que no necesita leerse completo.

A veces, mientras ella habla, él piensa que no quiere perder este presente por miedo al futuro. Que quizás amar también sea eso: quedarse donde el corazón está ahora.

El tiempo sigue su curso, sin detenerse por nadie.

Y aun así, cuando ella está cerca, todo parece ir un poco más despacio.

Hay algo en la forma en que ella pronuncia su nombre que lo desarma por completo. No importa cuántas veces lo haya escuchado, siempre tiene el mismo efecto: lo trae de vuelta. Lo ancla al momento. Lo obliga a quedarse.

Él nunca fue bueno con el ahora. Siempre vivía un poco adelantado o un poco atrás, recordando o imaginando. Con ella, el presente se vuelve habitable. No perfecto, no eterno, pero real. Y eso, para él, ya es suficiente.

Hay tardes largas en las que no hacen nada extraordinario. Se sientan juntos, miran el cielo cambiar de color, comentan detalles que a nadie más le importarían. Ella señala una nube con forma extraña, él finge verla igual solo

para hacerla reír. En esas risas suaves, él siente cómo algo dentro se acomoda.

El cuerpo a veces se lo recuerda sin aviso. Un pinchazo leve, un cansancio que llega temprano. Él respira hondo, se acomoda mejor. Ella lo nota, siempre lo nota, pero no invade. Solo se queda cerca. Esa cercanía sin preguntas es uno de los regalos más grandes que le ha dado la vida.

En las noches, cuando el mundo se apaga de a poco, los sueños llegan con más detalle.

Sueña que están en la playa, pero no como en las historias grandes. No hay música fuerte ni atardeceres exagerados. Hay arena fría, una manta compartida y el sonido constante del mar. Ella apoya la cabeza en su pecho y él siente que, por primera vez, no necesita controlar nada. Que puede simplemente existir.

Sueña que caminan por una ciudad desconocida tomados de la mano, entrando a lugares pequeños solo por curiosidad. Ella se detiene frente a una vitrina, él la observa más a ella que a lo que está expuesto. Kito aparece

de la nada, como si también estuviera soñando con ellos, y se cruza entre sus piernas.

Al despertar, hay una mezcla de sensaciones. No tristeza. No frustración. Más bien una nostalgia dulce, como la que queda después de un día bueno.

Durante el día, la realidad no intenta competir con los sueños. Tiene su propio valor. Hay charlas interrumpidas, caminatas cortas, despedidas que duran más de lo necesario. Él aprende que no todo tiene que ser intenso para ser importante.

Hay un momento, una tarde cualquiera, en la que ella se queda mirándolo en silencio. Él siente esa mirada como una pregunta que no se formula. Por un segundo piensa en decirlo todo. En soltar el peso. Pero no lo hace. No todavía. Porque no quiere que el miedo se siente entre ellos antes de tiempo.

Kito aparece justo entonces, se sube al respaldo del sillón, se estira con descaro y roba atención. Ella se ríe. El momento cambia. Y él agradece ese pequeño desvío.

Él hace cosas con ella que juró no hacer jamás. Hablar de lo que siente. Admitir que algo le importa más de lo que debería. Quedarse cuando antes habría huido. Descubre que no todas las promesas rotas son fracasos; algunas son puertas.

El futuro no se le presenta como un plan detallado. No hay fechas ni certezas. Es apenas una idea tibia, sostenida por el presente. Y mientras ese presente incluya su risa, su compañía, su forma de estar, él siente que puede seguir.

Porque amar así, incluso con miedo, incluso con límites, es una forma valiente de vivir.

Y entonces pasa algo curioso: el tiempo deja de ser una línea recta.

Hay días que parecen repetirse, como si el mundo hubiera decidido ponerlos en bucle. La misma calle, el mismo cielo a medio caer, el mismo silencio cómodo que no pide explicaciones. Y, aun así, ninguno es igual al anterior. Porque usted no es el mismo. Porque ella tampoco.

A veces caminan juntos y no hablan. No porque falten palabras, sino porque sobran pensamientos. Usted aprende que el amor también vive ahí, en esa calma rara donde no hace falta demostrar nada. Donde basta con estar. Donde basta con saber que, si el mundo se desarma un poco, hay un hombro, una mano, una presencia.

Las noches se vuelven un territorio especial. No siempre románticas. No siempre fáciles. Hay noches largas, de preguntas que no se dicen en voz alta, de miedos que se acomodan en el pecho como muebles viejos. Usted mira el techo y piensa en todo lo que fue, en todo lo que es, y en todo lo que podría ser. Y ahí aparece ella, incluso cuando no está físicamente: como idea, como recuerdo, como promesa silenciosa.

Los sueños regresan.

En ellos, no todo es perfecto, pero todo es honesto. A veces se ven riendo sin motivo. Otras, discutiendo por tonterías que en la vida real no se animaron a tocar. En los sueños no hay máscaras. Usted entiende que su mente no quiere escapar de la realidad, quiere comprenderla.

Kito sigue ahí, observando desde su rincón invisible. No juzga. No interrumpe. Solo acompaña. Es testigo de las versiones que usted ha sido: el que creyó demasiado, el que dudó, el que tuvo miedo de perder, el que aprendió a quedarse incluso cuando no sabía cómo.

Hay días cansados. Días donde amar pesa un poco más. Donde el cuerpo pide pausa y el corazón se queda en silencio. Usted descubre que eso también es amor. No el de las películas, sino el real: el que se sienta, respira y sigue, aunque vaya más lento.

Ella, sin saberlo, se convierte en hogar. No un lugar fijo, sino un espacio al que siempre se puede volver. En una palabra, en una risa, en una memoria compartida. Usted entiende que el amor no siempre grita. A veces susurra, y hay que aprender a escucharlo.

El futuro aparece de vez en cuando, tímido. No como un plan detallado, sino como una sensación. Como cuando uno sabe que algo importante está ahí, esperando, pero no tiene prisa. Usted no lo fuerza. Lo deja ser.

Porque este libro no trata de llegar. Trata de caminar. De mirarse mientras se avanza.

De aceptar que existen mil versiones de ustedes... y que todas, incluso las más frágiles, merecen ser contadas.